

Miembros de la Iglesia, somos miembros de su cuerpo, «hueso de sus huesos y carne de su carne». Lo que Cristo obra, lo obra en nosotros, y lo que nosotros hacemos, lo hacemos en Cristo. Y en consecuencia, si el sacrificio de Cristo se hace presente en el sacrificio de la Misa y nosotros estamos unidos a Cristo, ese sacrificio debe obrar en nosotros, haciendo más íntima nuestra

unión con El y dándonos una participación más alta en la vida divina. Y como último corolario, podemos decir que el sacrificio de Cristo es nuestro propio sacrificio, que, cuando oímos Misa, estamos al pie de la cruz lo mismo que San Juan, lo mismo que María, nuestra Madre. Estamos sólo de una manera mística, pero «bienaventurados los que creyeron y no vieron».

